

sia, denostándole y reprendiendo severamente su conducta. Salió el prelado silencioso y mohino; el conde le acompañó hasta el pie de la escalera, donde le despidió besándole respetuosamente el anillo. En el parte al gobierno decía el de España: «Sirvase V. E. decir á S. M. que esto he hecho como capitán general del Principado, presidente de su real Audiencia; y que como católico, he acompañado á S. Ilma. por la escalera, y le he besado la mano: pero no he reparado me echara su santa bendición (1).»

Vencida la insurrección en sus principales baluartes, pudo ya sin dificultad el conde de España perseguir y destruir los restos que de ella quedaban, destacando columnas á los diferentes puntos infestados aun por dispersas cuadrillas. El brigadier Manso ahuyentó los rebeldes de Olot, y los acosó por las asperezas de las montañas. Fugitivo Bussons, anduvo errante con su asistente por los mas fragosos sitios de las de Berga. Por último, las gavillas del Ampurdán y comarcas limítrofes fueron arrojadas hasta la frontera de Francia, en corto número ya, porque las mas se sometieron presentando sus armas y acogiéndose al indulto. Vilélla, Rafi Vidal, Castán y otros jefes de bandas fueron de los presentados, dándose así por terminada militarmente la insurrección de los *agraviados* ó *malcontentos*, como ellos se decían, que á haber estado mejor dirigida y organizada habria sido muy difícil de sofocar ó de vencer.

De propósito no hemos dicho nada todavía, reservándolo para este lugar, de la rebelión de Cervera, en atención á la singularidad del personaje, al parecer novelesco, que allí figuró mas, y dió impulso y alma al movimiento. Era este personaje una bella y agraciada jóven, huérfana, hija de padres nobles y ricos, rica ella tambien de imaginación y de fanatismo político y religioso, ávida de grandes emociones y empresas. Llamábase Josefina Comerford; habia nacido en Tarifa en 1798; de tierna edad cuando perdió á sus padres; esmeradamente educada despues en Irlanda al lado y cuidado de su tío el devoto conde de Briás; versada en las lenguas vivas; imbuida en un espíritu religioso exagerado, que avivaron las relaciones que adquirió en sus viajes por Alemania é Italia, y principalmente en Roma; conservando afición á España, su país natal, volvió á él, desembarcando en Cataluña, donde eligió por confesor suyo al P. Maraño, religioso de la órden de la Trapa, conocido por lo mismo por *El Trapense*, perseguidor y azote de los liberales, hasta el punto de ser reprobada su conducta por el mismo Fernando, que le destituyó del empleo de comandante general de la Rioja, mandándole volver á su convento. En íntima amistad Josefina con el P. Maraño, siguióle en sus excursiones, haciendo servicios al absolutismo, que la Regencia realista de Urgel premió en 1823, agraciándola con el título de condesa de Sales.

Hallábase en 1825 en Manresa, cuando á petición del intendente de policía del Principado fué arrestada y conducida á Barcelona; su pretexto de haber declarado los doctores de la universidad de Cervera energúmena á una doncella que Josefina habia dejado allí, obtuvo permiso y pasaporte del capitán general para trasladarse á aquella ciudad (mayo, 1827). A poco tiempo empezó á fomentarse y dirigir la sublevación. Las reuniones se celebraban en su casa y bajo su presidencia (2); dábanle el título de *general*, y merecía bien, á juzgar por su resuelto y varonil espíritu y por el aliento y ánimo que inspiraba á los demás. «Cuando falte un jefe, les decía, yo montaré á caballo y el sable en la cintura, y me pondré á la cabeza de mis sublevados.» A su impulso, pues, se formó la junta; se acordó la insurrección, y picado el amor propio de los congregados el ver excitado su valor por una mujer, jóven,

(1) De estos y otros curiosos incidentes y pormenores da tambien noticia nuestro amigo don Antonio Piralá en el primer tomo de su reciente *Historia de la Guerra civil, y de los partidos liberal y carlista*: cuyo escritor ha ilustrado este interesante episodio de la rebelión de Cataluña con curiosas noticias é importantes documentos.

(2) Los que empezaron á reunirse fueron: el vice-canciller Minguet; el presbítero Torredadella; el padre Barri, dominicano; el padre rector de capuchinos; el reverendo Mosen Cristóbal Vila, párroco de Pradell; Mosen José Bernié; Grifé, encargado del catastro; el teniente coronel Jordana; el capitán Capdevila, y Fidel Palá.

bella y entusiasta, juraron pelear hasta vencer. El acta del levantamiento decía: «Convocados y congregados en la casa habitación de doña María Josefina Comerford, condesa de Sales, en los dias 2 y 3 del corriente setiembre del año de 1827, para tratar asuntos de S. R. M. y Santa Religion, y contra todo sectario.... los individuos que componen la junta, etcétera (3).» La misma heroína dió instrucciones á cada uno de los que habian de marchar á la cabeza de los sublevados. Así se hizo el alzamiento de Cervera, que tuvo el mismo término que los demás de Cataluña que dejamos referidos.

Tambien se habian destacado algunas partidas para poner en movimiento los elementos con que contaban en Aragón, pero frustró sus planes el baron de Meer, encargado de la persecución y exterminio de aquellas. En Valencia hizo el general Longa el buen servicio de prevenir el conflicto con maña y astucia, comprometiendo á estar á su lado á los mismos que tenian proyectado levantarse. Pero la trama era tan general, que hasta en la misma provincia de Alava y á legua y media de Vitoria se alzó con una partida don Asensio Lanzagarreta. Merced al celo y decision de las autoridades de aquellas provincias, la gavilla de insurrectos, despues de haberse corrido á Guipúzcoa y Vizcaya, sucumbió en este último punto incluso el jefe Lanzagarreta, á manos de los realistas que se mantuvieron fieles.

Dada ya por segura la pacificación de Cataluña, dispuso Fernando (12 de octubre, 1827) que la reina su esposa se trasladara á Valencia, donde él iria á recibirla, con objeto de visitar despues juntos algunas provincias y reanimar el espíritu de los pueblos. Hizolo así la modesta y virtuosa Amalia, sin que la molestaran en el viaje con ruidosos festejos, que así lo tenia muy recomendado Fernando, y era tambien lo que agradaba mas al carácter de la reina. El rey por su parte salió oportunamente de Tarragona, y llegó á Valencia (30 de octubre, 1827) á tiempo de adelantarse á esperar y recibir á su augusta consorte, haciendo juntos su entrada en la ciudad al siguiente dia, y ocupando el alojamiento que el general Longa les tenia á sus expensas preparado con admirable gusto y riqueza. Diez y ocho dias permanecieron los reyes en la bella ciudad del Turia, recibiendo todo género de homenajes, ovaciones, agasajos y demostraciones de afecto y lealtad, no solo de parte de todas las clases y corporaciones de la capital, sino de los pueblos todos de aquella provincia y sus limítrofes, que afluan ansiosos de besar la mano del monarca, ó de contemplarle y victorearle, y de participar de los festejos, espectáculos y regocijos públicos con que á porfía procuraban aquellos habitantes, al mismo tiempo que mostrar su entusiasmo por el monarca, hacer agradable la estancia de sus augustos huéspedes.

Mas al tiempo que tan alegremente celebraba la reina del Guadalquivir la honra y la satisfacción de hospedar á sus soberanos, escenas de muy diferente índole se estaban representando en Tarragona, y llenando de estupor aquellos habitantes. En la mañana del 7 de noviembre (1827) retumbaron dos cañonazos en el castillo; inmediatamente se vió enarbolar una bandera negra; á poco rato aparecieron á la vista horrorizada del público dos cadáveres suspendidos de la horca... Eran los del coronel don Juan Rafi Vidal, y del capitán graduado de teniente coronel don Alberto Olives, los que habian promovido la insurrección en el corregimiento de Tarragona, pero que habian depuesto las armas y entregádose á la indulgencia y á la generosidad del rey (4). A los

(3) Consta todo esto de la información del encargado del gobierno para averiguar las causas del levantamiento de Cataluña, y tambien de los documentos que se cogieron á la Josefina, cuando fué presa, como diremos despues.

(4) Conocen ya nuestros lectores cómo preparó y realizó Rafi Vidal el levantamiento de Reus y del corregimiento de Tarragona, cuando era ayudante de la subinspección de voluntarios realistas. Siguióle, á excitación suya y como su segundo don Alberto Olives, hombre de buenos sentimientos, enemigo de los excesos, y aun de las exacciones, y no tuvo poco mérito de su parte el haber levantado alguna de las que habia impuesto el mismo Vidal. Era Rafi Vidal un carlista exaltado, que amaba de corazón á su rey, al cual creia extraviado por malos consejos. Valiente y enérgico en la guerra, cuando el rey fué á Cataluña se le presentó en

pocos dias (18 de noviembre, 1827), tres cañonazos y una bandera negra anunciaron á la primera hora de la mañana otras ejecuciones; y no tardaron en aparecer tres cadáveres colgados de la horca. Eran estos los del teniente coronel don Joaquin Laguardia, don Miguel Bericart, de Tortosa, y don Magin Pallás, de Manresa. Siguiéron á estos suplicios, con el misterioso y lúgubre aparato, los de Rafael Bosch y Ballester, teniente coronel sin calificación, jefe de los sublevados de Mataró y Gerona, de Jacinto Abrés, el Carnicer (a) Pixola, uno de los mas decididos y valientes caudillos de la insurrección, y de Jaime Vives y José Rebuté (1).

Fueron aquellos suplicios mirados con general repugnancia y horror, no porque se extrañara ver empleado todo el rigor de la justicia contra los jefes de los insurrectos, aunque á algunos parecia garantizarlos el haberse acogido voluntariamente á la munificencia del rey, sino principalmente por la forma con que se los revestia. Por desgracia mas adelante habremos de ver cuán de la afición del conde de España se hicieron estas ejecuciones sangrientas, estas escenas horribles, estas formas inquisitoriales y bárbaras, practicadas, no ya con los que se habian rebelado y empleado las armas contra su rey, sino con los mismos que le habian ayudado á vencer la rebelión.

Arrestada fué tambien por el conde de Mirasol (18 de noviembre, 1827) la célebre Josefina Comerford, á quien se halló en la casa de don Guillermo Roquebruna, dignidad de hospitalero en la catedral de Tarragona. Sabida y evidente era la parte que habia tomado en el levantamiento; halláronse en su poder documentos que lo acreditaban, apuntes de la correspondencia que seguia en Francia, Italia y Alemania, y en las provincias españolas; libros de guerra; una lista de mujeres célebres, y recetas para objetos, propios unos de guerrero, propios otros de mujer, y de mujer no virtuosa. Sus respuestas á las declaraciones que se le tomaron y cargos que se le hicieron, cuya relacion hemos visto, fueron, acaso muy estudiadamente, incoherentes y vagas. Gracias pudo dar á que, atendidos su sexo y su clase, se le sentenciara á ser trasladada y recluida en un convento de Sevilla, para que con la soledad y el silencio del claustro pudiera la revolucionaria de Cervera y la amiga del padre Maraño meditar sobre su vida pasada y llorar sus extravíos (2).

Vinaroz, y le expuso con ruda franqueza las quejas de los sublevados y sus propios sentimientos. No debió serle satisfactoria la contestación del rey, cuando Vidal le replicó con arrogancia: «Señor, aun tengo tropas y puedo mucho.—Pues marcha, le dijo el monarca, á ponerte á la cabeza de tus sublevados.» Y volvió la espalda á Vidal, negándose absolutamente á oír mas observaciones.

Rafi Vidal volvió á incorporarse á sus tropas y continuó la guerra, mas luego fué, como hemos visto, de los que depusieron las armas acogiéndose al indulto. Libre y pacíficamente andaba por Tarragona, cuando un dia se vió arrestado en ocasion de estar jugando al billar. Asombró á todos su prision. El conde de Mirasol instruyó su proceso por mandato y con arreglo á instrucciones dadas por el conde de España, el cual á su vez decia obrar en cumplimiento de las órdenes del rey. Atribuyéronlo otros á empeño del ministro de Gracia y Justicia, por suponer que poseia el procesado importantes secretos. Es lo cierto que Vidal fué ejecutado con el mayor sigilo, y que al tiempo de morir, despues de haber arreglado con calma sus negocios, hizo importantes revelaciones en el seno de la confianza, que no quiso se escribieran, prefiriendo morir á dejar consignado lo que acaso le habria salvado la vida. Ya tenia cubierto el rostro para recibir la muerte, cuando una persona le dijo: *Vidal, aun es tiempo.—Hasta la eternidad*, contestó. Y una descarga puso fin á sus dias. Sentido fué de todos, y de nadie esperado el suplicio de Rafi Vidal.

(1) Salvó la vida, ocultándose en un convento de monjas, el célebre Padre Puñal, franciscano, que armado de piés á cabeza, con un crucifijo pendiente entre dos pistolas, proclamando la Inquisición, era de los que mas habian figurado en las banderas de Jey dels Estansys.

(2) Parece que en los primeros años su genio turbulento hizo necesario mandarla de uno á otro convento. En 1853 decia el autor de la Historia de la Guerra civil: «No hace mucho tiempo que en un apartado barrio de Sevilla buscábamos la calle del Corral del Conde, y en una hu-

El 19 de noviembre (1827) partieron los reyes de Valencia para Tarragona donde llegaron el 24, siendo recibidos por un gentío inmenso con entusiastas vivas y aclamaciones. El conde de España pasó con sus tropas á Barcelona, de cuya ciudad y fuertes tomó posesion como capitán general del Principado, evacuándolos en el mismo dia (28 de noviembre) las tropas francesas, con arreglo á lo convenido entre los dos monarcas, español y francés, y recibiendo el comandante y jefes de aquella division auxiliar condecoraciones y otros testimonios de aprecio y gratitud de manos de Fernando. Sintieron, y con razon, los liberales barceloneses la salida de la guarnicion francesa, porque ella habia sido su escudo contra las procripciones de que eran víctimas los constitucionales en el resto de España, donde no los amparaban las armas extranjeras. Los de Barcelona vaticinaron bien, y comenzaron luego á experimentar lo mismo que habian recelado.

Los dias que los augustos huéspedes permanecieron en Tarragona pasáronlos recibiendo los plácemes y felicitaciones con que los abrumaban, no solo las corporaciones todas de la ciudad, sino tambien las comisiones que en número considerable acudian diariamente de los pueblos, dando á los reyes y dándose á sí mismos el parabien por la pronta y feliz terminación de la guerra; siendo tal algunos dias la afluencia de forasteros, que les era difícil encontrar albergue. Con iguales demostraciones fueron acogidos los régios viajeros en Barcelona, donde entraron el 4 de diciembre (1827), agradecida además la ciudad por haber sido declarada en aquellos dias puerto de depósito. Habia el rey ordenado que en todos los templos de España se cantara el *Te-Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por el restablecimiento de la paz, y él mismo asistió al que se cantó en la catedral de Barcelona, despues de lo cual, acompañado del clero y cabildo, pasó á la sala capitular, donde, prestado el correspondiente juramento, tomó posesion de la canonjía que en aquella santa iglesia tienen los reyes de España, retirándose luego á su palacio en medio de un gran concurso que se agolpaba á victorearlo.

Así siguieron el resto de aquel mes y año, ya visitando ellos los establecimientos religiosos y de caridad, ya asistiendo á los espectáculos, ya destinando las demás horas á recibir á los que acudian á ofrecerles sus respetos y homenajes. Solo no participaba de la general alegría el partido liberal, numeroso en Barcelona, y hasta entonces el menos atropellado, merced á la estancia y á cierta especie de proteccion de las tropas francesas. Mas luego que estas abandonaron la ciudad, el conde de España mandó presentar en las casas consistoriales á todos los que habian pertenecido á la extinguida milicia nacional, so pretexto de averiguar si conservaban armas, uniformes ó municiones. Hasta seis mil se reunieron en la plaza pública, permaneciendo hasta mas de las once de la noche, en que el Acuerdo dispuso que se retirasen, verificándolo ellos silenciosos y pacíficos, acaso contra las esperanzas y los deseos del general, que habria querido que de aquella aglomeración resultara pretexto para tratar á los concurrentes como perturbadores del orden público. Aun sin él hizo salir de la provincia á todos los oficiales procedentes del ejército constitucional, dejando sumergidas en llanto muchas familias. No era esto mas que leve amago de las lágrimas que habia de hacer derramar el desapiadado conde, y de los grandes infortunios con que habia de enlutar aquella grande y hermosa poblacion. Dejémosle ahora prelujiando este funesto período, que tiempo tendremos de afligirnos con los desventurados.

milde casa hácia el medio de la calle preguntáramos por Josefina Comerford. Estaba á la sazón ausente de Sevilla; no regresaria en algun tiempo. Nos entristeció esta noticia, y hubimos de partir de la ciudad sin haber podido ver mas que la habitación de esta mujer extraordinaria, que odia hasta el recuerdo de lo pasado, pero que conserva el genio, la fortaleza de alma y el varonil aliento de sus primeros años, á pesar de sus achaques.»